

POR RAFAEL SÁNCHEZ SAUS

JAIME I EL CONQUISTADOR

750 años después



Tras 63 años de reinado y a la edad de 68, en Alcira, el 27 de julio de 1276, fallecía Jaime I de Aragón, *El Conquistador*, uno de los reyes españoles que han dejado más profunda huella en la historia, tanto por su personalidad como por su extraordinario legado. A su muerte, según el cronista Bernat Desclot, su contemporáneo, “los ángeles del cielo vinieron con alegría, le tomaron el alma del cuerpo y se la llevaron al cielo ante Dios”. Otro cronista, Ramón Muntaner, un niño por entonces, escribió más adelante que el dolor se adueñó de sus súbditos, “y los duelos, y los lloros, y los plantos, y los gritos comenzaron por toda la ciudad [...] Y así iban todos llorando y lamentando; y este duelo duró en la ciudad cuatro días”.

No todos lo amaron por igual en vida, tampoco hoy, cuando se ha impuesto una muy distinta valoración de su reinado. Es menos amado en Aragón, que se consideró muy perjudicado por sus decisiones, que en Cataluña y, sobre todo, en Valencia y Baleares, donde se le celebra no sólo como el gran guerrero y conquistador que fue, también como el verdadero creador de la arquitectura institucional de la Corona y fundador de la personalidad de esos nuevos reinos. Controvertido como fue en vida y también después, nadie puede discutir, sin embargo, que pocos como él supieron encarnar el ideal de rey en aquellos siglos que fueron pródigos en figuras tan recordadas como el emperador Federico II, san Luis de Francia, san Fernando o Alfonso X el Sabio.

Lo primero que debe recordarse es, en aquellos tiempos en que la presencia física debía corresponderse idealmente con la función que se asumía en la vida, la formidable estampa de Jaime I, cuya detallada descripción debemos a Desclot, que lo conoció personalmente: “Fue el hombre más hermoso del mundo; era un palmo más alto que el resto, y perfecto en todos sus miembros. Tenía un gran rostro, sonrosado y fresco, la nariz larga y bien recta, la boca grande y bien dibujada, y dientes grandes, bonitos y blancos que parecían perlas, y ojos verdes y bonitos cabellos rubios semejantes al hilo de oro, y anchas espaldas y cuerpo largo y delgado, y los brazos fuertes y bien contorneados, y bellas manos y largos dedos, y los muslos gruesos, y piernas largas, rectas y gruesas de acuerdo con su estatura; y pies largos y bien formados y calzados con elegancia”. La nobleza de su apariencia hubo de ejercer, sin duda, una fuerte impresión en quienes le trataron, tanto como las virtudes guerreras de las que hizo gala en múltiples ocasiones. Su valor y coraje eran legendarios, así como su extraordinaria frialdad y capacidad para soportar el dolor: en el *Llibre dels Feits*, que él mismo dictó a lo largo de su vida en un ejercicio autobiográfico sin precedentes entre los monarcas medievales, se narra el famoso episodio sucedido durante el cerco de Valencia en 1238: un ballestero le acertó en la parte izquierda de la cabeza. El yelmo le salvó la vida, pero no pudo evitar que el viratón se clavase en el cráneo. El rey se lo arrancó él mismo y siguió al frente de las operaciones, aunque estuvo varios días sin ver con ese ojo. Siglos después, la profunda herida de la cabeza sirvió para reconocer sus restos cuando el panteón real de Poblet fue saqueado en 1835.

No puede extrañar que esos rasgos de su carácter, unidos a una fuerte religiosidad, alimentaran ya en vida su leyenda como monarca santo y conquistador, amante de la justicia y con un aura providencial que se había manifestado ya en su novelesca concepción —su padre, Pedro II, que había repudiado a su esposa, María de Montpellier, fue atraído mediante una aña gaza al lecho de esta, a la que dejó encinta—. Otros muchos signos durante su difícil infancia, en la que no faltaron atentados contra su vida e intentos de secuestro, y los primeros años de un reinado que inició con escasos diez años de edad en 1218, confirmaban a todos que aquel jovencísimo rey, educado por los templarios tras su temprana orfandad de padre y madre, gozaba de una especial protección divina, algo en lo que también creía firmemente el propio don Jaime, especialmente devoto de la Virgen María.

Su educación con los templarios y los ideales de su siglo, el de la plenitud medieval, informaron sus virtudes y dieron forma a su reinado. Como hemos visto, la belicosidad y la religiosidad fueron los puntales de su formación, de forma que no puede sorprender el espíritu cruzado que animó toda su vida, pero también deben destacarse virtudes regias como la generosidad, la lealtad y la fidelidad a la palabra empeñada. También la justicia, entendida a veces al modo sumario y ejemplarizante de la época, que le llevó a consentir o ejecutar episodios de tanta dureza como la matanza de los moros tras la conquista de Palma o el cortar la lengua a su confesor, el obispo de Gerona. Ciertamente es que los primeros habían

crucificado sobre las murallas, y la vista de la hueste, a algunos prisioneros cristianos y que el obispo le había traicionado quebrantando el secreto de confesión.

Como se ha dicho, los primeros años de su reinado fueron muy difíciles a causa de la minoría regia y de la difícil situación económica tras los desastres militares de Pedro II, a lo que se unía la debilidad política de la monarquía. Ello propició enfrentamientos entre la nobleza y de esta con el monarca, que culminó con la rebelión de los ricos hombres aragoneses en 1226. En este contexto es en el que cobra su pleno sentido la empresa reconquistadora contra el islam, enmarcada también en una verdadera carrera de los distintos reinos hispanos para apoderarse de la mayor parte posible de al-Andalus tras el definitivo colapso almohade hacia 1225. Justo en ese año, las Cortes de Tortosa proclamaron la urgencia de iniciar la guerra contra los mahometanos, y desde 1228, una vez apaciguada la nobleza aragonesa, Jaime I planteó todo un proyecto militar con la voluntad de unir al reino en torno a su figura, beneficiar a todos sus estamentos y devolver a la monarquía el prestigio y la autoridad que su padre había arruinado.

La primera gran empresa conquistadora, la de Mallorca, se preparó en 1228 y se ejecutó en septiembre de 1229. Tras un asedio de tres meses, Palma se rindió el 31 de diciembre, y tras ella toda la isla. En 1231 Menorca fue sometida a tributo (la conquista definitiva no se produjo hasta 1287) e Ibiza dominada en 1235. En Mallorca, que fue una empresa esencialmente catalana motivada por la necesidad de acabar con la piratería musulmana y de conseguir una base hacia el Magreb para el comercio barcelonés, se inició el experimento que, a mayor escala, Jaime I ensayaría luego en Valencia. La isla, repoblada por mayoría de catalanes, pero también con occitanos, aragoneses e italianos, fue convertida en un reino más de la Corona de Aragón, no dependiente de los territorios ya existentes, el *Regnum Maioricarum et insulae adiacentes* que alcanzó su plena forma institucional con la creación en 1249 del municipio de Mallorca. Aunque la nobleza obtuvo grandes beneficios de la conquista, no tuvo en las islas el poder condicionante sobre la monarquía que tenía en la Península.

Para entonces, Jaime I había alcanzado ya su sueño guerrero y cruzado. El reino de Valencia fue conquistado entre 1232, con la conquista de la inexpugnable Morella, y 1245, cuando se alcanzan los límites estipulados en el tratado de Almizra de 1244 entre Aragón y Castilla, en los que se fijaba la frontera entre ambas coronas. Se distinguen tres etapas en esa expansión: la primera empieza en 1233 con la conquista de Burriana, seguida de Peñíscola y Castellón, y se corona con la entrada del rey en Valencia, tras un difícil cerco, el 9 de octubre de 1238; la segunda, muy dura, se extiende hasta 1242 y supuso el dominio de las tierras valencianas hasta el Júcar; la tercera, entre 1242 y 1245, con la conquista del sur del río Júcar hasta la línea Biar-Villajoyosa. A lo largo de estos años fueron frecuentes las revueltas de la población mudéjar, encabezadas por su caudillo, al-Azraq, quien contó en algunos momentos con la ayuda más o menos encubierta de Castilla, deseosa de limitar los avances aragoneses en la zona.

Un aspecto esencial de esta conquista fue la decisión del monarca de convertir Valencia, a partir de 1239, en un reino diferenciado, unido por su persona a la Corona de Aragón, pero plenamente independiente de los otros territorios y con su propia personalidad política e institucional. Esto se vio refrendado por la promulgación de los Fueros de Valencia (*els Furs*), algo que provocó la airada reacción de la nobleza aragonesa, que aspiraba a implantar en las tierras conquistadas el sistema de privilegios que la convertía en un poder incluso superior, en muchos momentos, al de la monarquía. Además, Aragón se vio privado de su vieja aspiración de una salida propia al mar.

En 1264 se produjo en Andalucía y Murcia una gran rebelión mudéjar, apoyada por Granada, que estuvo a punto de dar al traste con el reciente dominio castellano. Alfonso X, en situación apuradísima, se vio obligado a pedir ayuda a su suegro Jaime I —estaba casado con Violante, hija de este—, pese a las no muy buenas relaciones entre ambos y a las intrigas castellanas en Valencia, ya aludidas. Fue esta una buena ocasión para mostrar en toda su magnitud la generosidad y el espíritu cruzado del rey aragonés. Pese a la resistencia de sus súbditos, que se negaban a auxiliar a Castilla, Jaime I defendió la intervención ante las Cortes de Aragón apelando a la necesidad de hacerlo “por Dios y por salvar a España”. Las huestes aragonesas entraron en Murcia, aplastaron a los rebeldes, restauraron el dominio cristiano, para lo que se instaló en el reino un fuerte grupo de repobladores, y posteriormente se retiraron dejando Murcia para

Castilla y Alfonso X. Esta actitud, que proclama los ideales caballerescos del rey, a los que siempre fue fiel, era compatible con su ardorosa defensa de la soberanía e integridad de sus reinos frente al proyecto hegemónico castellano de Alfonso X sobre toda España.

Las conquistas de Jaime I tuvieron otro efecto que pocas veces se valora: hacer de la Corona de Aragón, ya definitivamente, una realidad plenamente hispánica y mediterránea, en la que se diluyó la otra posibilidad, históricamente factible, de una construcción a caballo de los Pirineos, tan española como occitánica o provenzal. Este proyecto, que el feudalismo hacía posible con su complejo entramado de lealtades, se vio ya muy tocado por la derrota de Pedro II en Muret (1213), precisamente cuando defendía a sus vasallos occitanos frente a los cruzados franceses, pero fue definitivamente sellado por Jaime I en el tratado de Corbeil (1258) con Luis IX de Francia, san Luis. En él se estipulaba la renuncia del monarca francés a los derechos que teóricamente le asistían a los condados catalanes como resultado de la remota dependencia de los condes de Barcelona respecto de sus antepasados carolingios, mientras que el rey aragonés renunciaba a su vez a los mucho más evidentes y actuales que poseía sobre muchos feudos al norte de los Pirineos, entre los que se encontraban el condado de Provenza y el señorío sobre ciudades tan importantes como Arles, Aviñón o Marsella. De este modo se puso fin a los intereses ultrapirenaicos de la Corona de Aragón.

Este tratado y sus consecuencias tienen mucho que ver con la conciencia territorial que fue creciendo durante su reinado, especialmente en Aragón y Cataluña. Ello se vio favorecido por dos importantes corrientes jurídico-políticas: la normalización del derecho, que acogió las novedades romanistas entonces en boga frente a las viejas costumbres locales, y “la conversión de las Cortes, reflejo de una realidad estatalizada, en una institución reivindicativa y cohesionadora de la conciencia de comunidad” (Hinojosa Montalvo). En 1247 se promulgaron los Fueros de Aragón y los *Usatges de Barcelona* se fueron extendiendo en esos años a todos los condados catalanes con el impulso real. También durante su reinado se consolidaron las Cortes privativas de cada territorio, lo que forzó una separación cada vez mayor entre Aragón y Cataluña que tendría enormes consecuencias en el futuro, contribuyendo a crear una conciencia diferenciadora que no se dio, por ejemplo, en la Corona de Castilla, donde existían unas únicas Cortes para todos sus reinos.

Por último, es necesario mencionar sus matrimonios y su agitada vida sentimental, pues todo ello repercutió en la política de su tiempo y en sus polémicas disposiciones testamentarias. Casó primero, en 1221, con Leonor de Castilla, pero ese matrimonio fue anulado por voluntad del rey años después. Alfonso, nacido de esa unión, fue heredero del trono hasta su muerte en 1260. Casó don Jaime en segundas nupcias con Violante de Hungría en 1235 y tuvo en ella nueve vástagos. Las ambiciones de la reina, que quería que sus hijos varones fueran reyes y herederos de los distintos territorios, y el sentido patrimonial de la Corona que poseía Jaime I, llevaron a la partición del reino tras su fallecimiento: Pedro III le sucedió en Aragón, Valencia y los condados catalanes; Jaime II de Mallorca obtuvo las Baleares, el Rosellón, la Cerdaña y Montpellier. Otro varón, Sancho, fue arzobispo de Toledo. Dos de sus hijas casaron con los reyes de Castilla y Francia. Tras la muerte de la reina Violante en 1253, Jaime I tuvo numerosas relaciones con señoras de diversa condición, en algunas de las cuales engendró hijos que dieron lugar a importantes casas nobles de Aragón y Cataluña.

Todavía en 1269, con más de sesenta años, tuvo ánimos para organizar una cruzada a Tierra Santa. La flota salió de Barcelona el 4 de septiembre, pero una gran tormenta la dispersó y obligó a don Jaime a regresar. El proyecto se mantuvo vivo durante algún tiempo, pero fue definitivamente abandonado en 1274.

Los últimos años de su vida fueron duros para Jaime I. Estalló una nueva revuelta de la nobleza, encabezada por su hijo bastardo Fernando Sánchez de Castro, aplastada por el infante Pedro, quien hizo asesinar a su hermano, y en 1275 se produjo una nueva y grave rebelión de los mudéjares valencianos, quienes consiguieron derrotar al propio rey en Llutxent (junio de 1276). Al mes siguiente, el día 27, enfermo y fatigado, a la entonces avanzada edad de 68 años, falleció *el Conquistador* vistiendo el hábito cisterciense. Pese a las enormes dificultades políticas de su reinado y a sus controvertidas soluciones a la complejidad territorial y social de la herencia recibida de Pedro II, gracias sobre todo al impulso dado a la Reconquista, Jaime I, rey caballero, cruzado y conquistador, supo ganarse un lugar de honor en la larga relación de monarcas medievales españoles.